

Vióse, pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habían tenido además un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba á ser un Mecenas protector de los sabios y amparador de los buenos ingenios. A los Sécacas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abu Walid, los Ahmmad ben Ferag y los Yahia ben Hudheil, y las églogas y las odas reaparecían con el nombre de cásidas, como las célebres tituladas de las Flores y de los Huertos. La corte habíase convertido en una vasta academia, era Córdoba como la Atenas del siglo x, y la liberalidad, largueza y munificencia con que se premiaba las obras del ingenio era tal, que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien á costa de cuántos sacrificios, de cuánta solicitud y de cuántos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa colección de 400 ó 600 mil volúmenes manuscritos que constituían la biblioteca del palacio de Meruan.

Hay que advertir, no obstante, que ni este riquísimo depósito de las producciones de la inteligencia, ni la civilización que en aquel tiempo llegaron á alcanzar los árabes, fué obra de solo Alhakem II ni de solo su reinado. La preparación venía de atrás, y era una semilla que había ido desarrollándose y creciendo. Desde que Abderrahman I fundó el califato español, propúsose la dinastía de los Beni-Omeyas aventajar así en civilización como en material grandeza el imperio de sus implacables enemigos los Abassidas de Damasco y de Bagdad. El primer Abderrahman había buscado ya las mayores celebridades literarias para encomendarles la educación de sus hijos, los cuales asistían á los certámenes académicos, á las audiencias de los cadíes y á las sesiones del divan. El fundador del imperio musulmánico de Occidente erigió ya multitud de madrisas ó escuelas, premiaba los doctos, y hasta nosotros han llegado los elegantes versos que él mismo escribió con su pluma. Su hijo Hixem siguió las huellas de su padre y fomentó y propagó la enseñanza. Alhakem I, aunque sanguinario y cruel, era docto y le dieron el sobrenombre de el *Sabio*. Abderrahman II oía y examinaba las producciones literarias de sus hijos Ibban y Othman. Del III hemos visto cómo llevaba á su corte los sabios de todas las partes del mundo y los colocaba en los cargos y puestos mas eminentes del Estado, cómo iba siempre rodeado de un séquito numeroso de astrónomos, médicos, filósofos y poetas distinguidos, y debíale Alhakem II su esmerada educación literaria. Este califa, ilustradísimo ya y aficionado á las letras, alcanzó un período dichoso de paz; ó como el germen de la civilización existía, desarrollóse al amparo de su protección, al modo que las plantas crecen con lozanía cuando después de mucho cultivo y de copiosas lluvias aparece un sol claro, radiante y vivificador.

Una observación nos suministra la lectura de las historias arábigas. Ni un solo literato, ni un solo erudito deja de ser mencionado por sus historiadores. No se verá que omitan jamás los nombres de los doctos que florecieron en cada reinado, con sus respectivas biografías y la correspondiente reseña de sus obras. Cítase con frecuencia el fallecimiento de un profesor distinguido como el acontecimiento mas notable de un año lunar. La narración de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo mas interesante para dar cuenta de que allí se encontraba, ó de que llegó á la sazón, ó de que murió á tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre ó tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciación del mérito literario, y así correspondía á un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfanje con que habían combatido para empuñar la pluma y transcribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque mas adelante tendremos ocasión de hacerlo observar, que era esta una ilustración mas brillante que positiva, mas superficial que sólida y mas poética que filosófica, con cuya prevención ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulman y cristiano,

cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y uno van á sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situación física y moral.

CAPITULO XVIII

Almanzor en Córdoba. — De Ramiro III á Alfonso V en Leon

DE 976 Á 1002

Situación de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II. — Menoría de Ramiro III de Leon — Pónesele bajo la tutela de dos religiosas. — Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad. — Irrita á los nobles y proclaman á Bermudo II el Gotoso. — ALMANZOR primer ministro y regente del califato. — Imbecilidad del tierno califa. — Obra Almanzor como soberano del imperio. — Su nacimiento; sus altas prendas; su conducta. — Jura eterna guerra á los cristianos. — Sus dobles campañas anuales. — Sus triunfos. — Fuga de Bermudo II á Asturias. — Toma Almanzor á Leon y la destruye. — Sus victorias en Africa. — Conquista á Barcelona. — Recóbrala el conde Borrell II. — Descripción de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor. — Los Siete Infantes de Lara. — Vence Almanzor y hace prisionero al conde García Fernandez de Castilla: su muerte. — Destruye el gran templo de Santiago de Galicia. — Triunfos de los musulmanes españoles en Africa. — Muerte de Bermudo II de Leon. — Alfonso V. — Calamitosa situación de la España cristiana. — Alianza de los soberanos de Leon, Castilla y Navarra para resistir á Almanzor. — Refuerzos que este recibe de Africa. — Famosa batalla de Calatañazor. — Glorioso triunfo de los cristianos. — Almanzor es derrotado después de veinticinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices. — Muere en Medinaceli. — Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos mas importantes de la dominación sarracena en España. El nombre del personaje que va á la cabeza de este capítulo lo dice también bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya á entender suficientemente que no va á ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sosten del imperio musulmán y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco Estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber, el imperio árabe, los reinos de Leon y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II que ha sucedido á su padre Alhakem II en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del Estado que él no pueda manejar en manos mas robustas y vigorosas, el que vea encomendada la dirección del reino á persona de mas talento y capacidad, la de la guerra á genio mas activo y emprendedor.

Habíase confiado la tutela y educación del tierno monarca leonés y la regencia del reino á dos mujeres, á dos religiosas, que lo era ya su tía Elvira cuando subió Ramiro III al trono, y entró también después en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna á la natural flaqueza del sexo suplía la piedad y discreción de estas dos mujeres, en términos que no solo marchaba en prosperidad el Estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en Leon (974) se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente dirección de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercía mas manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era mujer, por sus distinguidos hechos merecía el nombre de varón (1). En principios de virtud y en

(1) *Et quoniam scriptum est* (dijeron aquellos ilustres varones) *quia non est discretio apud Dominum diversorum sexuum virorum ac feminarum, sed qui recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur*, etc. Risco, España Sagrada, tom. 34, pág. 283.



ESPAÑA
durante el Califato de Córdoba.
 desde 756 al 1030.
 Leguas de 25 al grado.

CARILLA ALFONSINA

máximas de sana moral educaban los dos religiosas princesas á su real pupilo: ejercitábanse en piadosas obras y fundaciones; remediaban y corregían abusos, contándose entre sus medidas la supresion que de acuerdo con los obispos hicieron de la silla episcopal creada en Simancas por Ordoño II contra los sagrados cánones que prohibían la existencia simultánea de dos cátedras episcopales en una misma diócesis. Prosperado hubiera el reino de Leon bajo el gobierno de tan virtuosas y discretas señoras, si por una parte el príncipe no hubiera, á medida que crecía en años, crecido también en aviesas inclinaciones, desviándose de los saludables consejos de su madre y tía, y dado rienda á sus pasiones juveniles y á los instintos de su natural soberbio y altivo; y si por otra parte el reino leonés hubiera podido conservar la paz que habían respetado Abderrahman III y Alhakem II, y no se hubiera levantado en el imperio musulman un genio inquietador y belicoso que habia de poner en turbacion y conflicto todos los Estados cristianos.

Como si diera por perdido el tiempo que las directoras de su educacion habian tenido enfrenadas sus malas tendencias y quisiera darse prisa á indemnizarse, así obró Ramiro III tan pronto como salió de su menor edad. Con pretexto de que no debia tolerar que el reino continuara gobernado por mujeres y de querer manejar los negocios por sí mismo, emancipóse de sus dos prudentes ayas, contrajo matrimonio con una señora llamada Urraca Sancha, de no conocida familia y no señalada por lo prudente; y lo que fué peor, juntando Ramiro á los caprichos y desarreglos de su corta edad los ímpetus de un natural presuntuoso, despreciador de los grandes, no cumplidor de las palabras, y desatento y acre en las respuestas, ni instruido, ni veraz, ni discreto (1), de tal manera disgustó y desabrió á los condes y próceres de Galicia, Leon y Castilla, ya de por sí poderosos y envalentonados, que los mas se le hicieron enemigos, y los de Galicia abiertamente se le rebelaron proclamando á Bermudo, hijo de Ordoño III, y aun procediendo á consagrarle como rey en la iglesia de Santiago (980). Noticioso Ramiro de esta novedad salió con sus tropas en busca de su competidor: encontráronse ambas huestes en Portela de Arenas, donde se dió una batalla, en que murieron muchos de ambas partes, mas sin que se decidiera en favor de ninguna la victoria. Retiróse Bermudo á Compostela, y Ramiro, que de suyo no era muy belicoso y esforzado, volvióse también á Leon. La muerte que á los dos años sorprendió á Ramiro dejó á su rival desembarazado el camino del trono. Fué sepultado en San Miguel de Destriana, donde yacia su abuelo Ramiro II (2).

Resonaba ya por este tiempo en toda España el nombre de Almanzor. ¿Quién era este famoso personaje que desde el principio se anunció tan terrible para los cristianos? Dirémoslo.

Al morir el ilustre califa Alhakem II habia dejado (cosa extraña en aquella prolífica familia) un solo hijo de poco mas de diez años, que á pesar de su corta edad fué sin oposicion reconocido y jurado califa por los grandes del imperio bajo el nombre de Hixem II: primer ejemplo de una minoría en los anales del califato andaluz, como lo habia sido en los del reino

(1) Tal es el retrato que de este príncipe nos ha dejado el obispo Sampiro en el número 29 de su Crónica.

(2) Suponen algunos haber vivido todavía Ramiro dos años, fundados en tres diplomas de este rey hallados en el monasterio de Sahagun que llevan la fecha de 984. Dada la autenticidad de estos documentos, resultaria haberse retirado á aquel monasterio despues del reconocimiento de Bermudo como rey de Leon. Mas en cuanto á la duracion de su reinado, parece no dejar lugar á duda los testimonios contestes de Sampiro, del Silense, de Lúcas de Tuy y de Rodrigo de Toledo. Debemos, no obstante, advertir que así en este reinado como en el que le sigue se nota tal discordancia de fechas entre los autores, que no hay medio fácil ni acaso posible de conciliarlos. El haber terminado Sampiro su luminosa crónica que tanta luz nos ha dado hasta aquí, la falta de memorias de aquel tiempo, de que ya un respetable historiador se queja muy fundadamente y los errores introducidos por el cronista Pelayo de Oviedo, han podido ocasionar confusion tan sensible. Felizmente, conviniendo casi todos en los hechos, han venido á aclarar mucho su cronología las historias árabes últimamente publicadas, que no pudieron ser conocidas de aquellos respetables escritores, y de ellas y de su cotejo con nuestras crónicas resultan bastante ilustrados los sucesos del último tercio del décimo siglo.

de Leon la de Ramiro III. Hallábase á la sazón de hagib ó primer ministro aquel Giafar que tanto se habia distinguido en las guerras de Africa (976). Pero habia entre los vazires de la corte un hombre, que por su talento, por su afabilidad y gentileza se habia captado el favor y la confianza de la sultana Sobheya, la esposa favorita de Alhakem, la que habia intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y la sola mujer que habia hecho un papel político en la historia de los Omniadas. El hombre que así habia merecido la predileccion de la sultana viuda, y á quien esta habia hecho sucesivamente su secretario íntimo y su mayordomo, se llamaba Mohammed ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi: habia nacido en una aldea cerca de Algeciras; su padre habia sido muy particularmente honrado por Abderrahman III, y su madre pertenecía á una de las mas ilustres familias de España. Habia venido al mundo en el mismo año de la famosa derrota de los musulmanes en Simancas, «como si Dios (año de un historiador crítico) hubiera querido señalar y como compensar aquel desastre de los musulimes con el nacimiento del que habia de ser su vengador.»

Este hombre, que además del favor de la sultana viuda, gozaba por su valor y prudencia de la consideracion y el respeto de los vazires de palacio, de los jefes de la guardia y de los walis de las provincias, fué nombrado por Sobheya primer ministro de su hijo, sin quitar el título á Giafar, pero encomendando á su favorito la tutela de Hixem, y la regencia y direccion del imperio: ofendióse de ello Giafar, pero disimuló su resentimiento. Vióse desde entonces el imperio árabe en una situacion nueva. La política de Almanzor, y lo que es mas extraño, la de la sultana madre, fué mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpetua, para que ni conociera nunca su posicion, ni nunca pensara en emanciparse de la tutela en que se propusieron tenerle. Alejaron de su lado los maestros á quienes su padre tenia fiada su educacion, y rodeáronle de jóvenes esclavos que le tuvieron entretenido con sus juegos en los jardines de Zahara. Ni Hixem pensaba en otra cosa que en divertirse, ni su madre y tutor le permitian hacer mas que crecer entre juegos y deleites, siempre encerrado en su aleazar, sin comunicar con nadie sino con los muchachuelos de su edad, pues si en ciertos dias se daba entrada en palacio á los vazires, hacíaseles retirar en cuanto le saludaban, como suponíéndole en cierto estado de imbecilidad intelectual. De modo que el niño Hixem era, mas bien que califa, un preso incomunicado, y solo por las monedas y oraciones se sabia que habia un califa llamado Hixem; pero el verdadero califa de hecho era Almanzor, que obraba en todo como si fuese el legítimo soberano, los decretos se publicaban en su nombre, que se esculpía también en las monedas, y se oraba por él en las mezquitas al propio tiempo que por el califa.

Aunque su elevacion habia sido del gusto de la mayoría de los vazires y walis del imperio, no faltaron algunos que se mostraron hostiles, y uno de los primeros cuidados del regente soberano fué irse deshaciendo de sus enemigos y rivales, castigando directamente á unos, é indisponiendo mañosamente á los otros entre sí haciendo que se destruyeran mutuamente. Al mismo tiempo ganaba á los poderosos con honores, á los soldados con larguezas, á los sabios colocándolos en altos puestos, siguiendo en esto el sistema y la política de Alhakem. Si alguna medida odiosa se veia precisado á tomar, como la disminucion de la guardia eslava devota de los Omniadas, tenia el ardíd de hacer recaer su odiosidad sobre su compañero Giafar, desprestigiándole con los Meruanes mismos. Y mientras meditaba cómo acabar de perder sin estrépito á Giafar, tuvo la astucia de comprometer á su hijo en la guerra de Africa, negándole los auxilios que le pedia, y dando lugar á que cayera prisionero (3). Así llegó á adquirir un gra-

(3) El erudito orientalista Dozy, en sus *Investigaciones sobre la Historia política y literaria de España en la edad media*, hace el siguiente retrato de Almanzor, de quien ciertamente no se muestra apasionado: «Un solo hombre llegó no solo á hacer impotente al califa su señor, sino también á derribar los nobles de entonces, ya que no la nobleza. Este hombre que no retrocedía ante ninguna infamia, ante ningún crimen, ante ningún asesinato, con tal de arribar al objeto de su ambicion; este hombre, profundo político y el mas grande general de su tiempo, idolo del